

PINCELADAS COLONIALES¹⁴

Puede tener como verdad incontrovertible que los diversos movimientos revolucionarios del pueblo mexicano no llegarán nunca a ser plenamente comprendidos, si no se les liga con sus orígenes históricos.

Es, por lo tanto, el primer deber para el historiador que quiera hacer obra de verdad y de justicia, investigar acuciosamente cuáles son las causas que han engendrado esos sacudimientos de nuestra nacionalidad, los que, con cualquier criterio que se les juzgue, vienen a ser y son, verdaderos terremotos sociales, que no se limitan en tal virtud, a conmover la superficie del organismo patrio, sino que acusan la existencia de corrientes más profundas, cargadas de viejos odios, de resentimientos ancestrales, de acumulaciones de materiales explosivos que sólo esperaban una oportunidad para estallar.

Sacar a luz esas misteriosas intimidades del mal nacional, descubrir esos “canales subterráneos de la historia”, como los llaman con frase expresiva los pensadores contemporáneos; es la más alta y fecunda labor que esté reservada a quienes, en un gesto de audacia renovadora, quiera arrancar al pasado una parte siquiera de sus valiosos y aun inexplorados secretos.

Para acometer esa empresa, que no puede asustar a un revolucionario, y para cumplir a la vez la promesa, hecha en anterior artículo, de aplicar el método preconizado por H. Taine, en el sentido de impersonalizar, en lo posible, los juicios y los estudios históricos, empiezo hoy a seleccionar textos relativos al siglo XVI, el más importante de nuestra historia, puesto que en él empezó la fusión de las costumbres, de las tendencias y de las razas, que por su mezcla y recíproca compenetración, han dado el ser a la actual nacionalidad mexicana.

Ningunos relatores más idóneos podemos encontrar para esa época, que los cronistas Motolinía y Mendieta, religiosos los dos que, motivo del ejercicio de su ministerio, podían entrar y de hecho entraron en íntimo

¹⁴ *El Universal*, 16 de noviembre de 1926.

contacto con la población indígena, con la española y con la mestiza, recogiendo de todas ellas impresiones directas, de un valor inapreciable para el exacto conocimiento de los hechos y de las almas.

Nuestro primer texto será la descripción que sabrosamente nos hace Fray Toribio de Motolinía, en su “Historia de los Indios de Nueva España”, de la vida de molicie y de regalo que llevaban los primeros pobladores hispanos.

Debo hacer, por anticipado, una observación: es de justicia reconocer que en los siglos posteriores al decimosexto, nos envió España, fuera de los grupos de aventureros que no podían faltar, numerosos hombres de trabajo, dedicados a una acción tesonera y perseverante.

Pero, sin adelantarnos demasiado, oigamos desde luego a Motolinía.

“Cuando yo considero —exclama él— los enredos y embarazos de los españoles, querían tener gracia para compadecerme de ellos, y mucho más primero de mí. Ver con cuánta pesadumbre se levanta un español de su cama muelle y muchas veces le echa de ella la claridad del sol, y luego se pone un monjilazo (porque no le toque el viento) y pide de vestir, como si no tuviese manos para lo tomar, y así le están vistiendo como a manco y atacándose está rezando: ya podéis ver la atención que tendrá; y porque le ha dado un poco de frío o de aire, base al fuego mientras le limpian el sayo y la gorra: y porque está muy desmayado desde la cama al fuego, no se puede peinar, sino que ha de haber otro que le peine; después, hasta que vienen los zapatos o pantuflas y la capa, tañen a misa y a las veces va almorzando, y el caballo no está acabado de aderezar: ya veréis en qué son irá a la misa; pero como alcance a ver a Dios, o que no hayan consumido, queda contento, por no topar con algún sacerdote que diga un poco despacio la misa, porque no le quebrante las rodillas. Algunos hay que no traen maldito el escrúpulo, aunque sea domingo o fiesta: luego de vuelta, la comida ha de estar muy a punto, si no, hay paciencia, y después reposa y duerme; ya veréis si será menester lo que resta del día para entender en pleitos y en cuentas, en proveer en las minas y granjerías; y antes que estos negocios se acaben, es hora de cenar, y a las veces se comienza a dormir sobre mesa, si no desecha el sueño con algún juego; y si esto fuese un año, dos, y después se enmendase la vida, creciendo cada año más la codicia y los vicios...”

Si a esta transcripción de Fray Toribio dedicase yo un comentario personal, se podría decir, con apariencias de razón, que yo pecaba, tal vez, de parcial o de apasionado. Por eso prefiero ceder la pluma a don José Fernando Ramírez, reputado por liberales y conservadores como uno de los más sabios y concienzudos de nuestros historiógrafos.

Dice el señor Ramírez:

“Una de las causas próximas de la opresión y malestar de los indios era la ociosidad, o sea holgaranza a que se entregaban aquí los españoles, pretendiendo vivir o enriquecerse única o principalmente con los servicios personales denominados “ENCOMIENDAS”, “repartimientos”, etc., esto es, con el fruto del trabajo de cierto número de indios que se les aplicaban, constituyendo una especie, ya de esclavitud, ya de vasallaje feudal.” (“Noticias de la Vida y Escritos de Fray Toribio de Motolinía”, página LII, edición García Icazbalceta).

Los hechos y las situaciones han cambiado enormemente, de entonces acá, y hoy existen en México numerosos españoles que se distinguen por su laboriosidad y a los que de ningún modo es lícito aplicar, descripciones o bocetos psicológicos, correspondientes a los primeros tiempos de la fundación de la Colonia.

Pero yo debo hacer historia, y con documentos a la vista, señalar las cualidades y los defectos, el mérito y el demérito de los hombres que nos han precedido, así sean españoles, criollos, mestizos o indios. Tiempo, al efecto, tendré de consagrar juicios muy ásperos a los criollos y a los mestizos que están muy lejos de haber cumplido con su misión civilizadora y directriz, en el curso de nuestra Historia.

Hago mía, entretanto, otra apreciación de don José Fernando Ramírez:

“Muy pocos eran los años que habían pasado de la Conquista, y ya había en México literatos indígenas de raza pura, que empuñaban la pluma para trazar su vivo y espantoso cuadro a la presencia misma de los conquistadores. Los que hoy llamamos a cuenta a esos hombres, también procedemos de allá pudiendo así decir con verdad, QUE HACEMOS JUSTICIA ENTRE NUESTROS PADRES, LLAMANDOLOS A UN TRIBUNAL.

“¿Y hallaremos en la parte opuesta del Continente (en Norteamérica) un juez y un proceso que reúna las mismas calidades?... Buscadlos, y felices si descubriera siquiera el nombre de las generaciones exterminadas.”

Nuestro doble carácter de relatores de la historia y de descendientes de las razas fusionadas, nos obliga, pues, a ser imparciales. Señalaremos sin titubeos, las faltas y los yerros de los conquistadores: pero sabremos también hacer justicia a los españoles beneméritos: a Las Casas, ante todo, a Vasco de Quiroga, a Fray Juan de Zumárraga, a Mendieta, y a cien otros más, en lo eclesiástico; a Mendoza, a Velasco, a Zorita, a Gálvez y a Revillagigedo, el grupo de los laicos.